

La Espada del Espectro

Un muchacho, de unos doce años, con cabellos negros cual plumas de un cuervo y ojos claros como las aguas del mar en la mañana, jugaba en la playa a la luz del atardecer.

La cabeza portaba un sombrero pirata, muy viejo y algo roído, que, además, le quedaba grande, y la mano blandía una espada plateada con mango dorado e incrustaciones de piedras preciosas.

El niño corría de un lado a otro de la playa luchando contra enemigos invisibles para cualquiera excepto para él.

—¡Benjamín Thomas Smith Morgan! —Una voz le devolvió a la realidad y el muchacho se quedó quieto, de espaldas a la enfadada voz que le acababa de llamar por su nombre completo, algo que no auguraba nada bueno—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? —El niño, tras unos segundos más de quietud, se dio la vuelta y contempló a una niña de cabellos oscuros como los suyos, pero de mirada negra como la noche—. Padre te matará si se entera de que volviste a coger su espada, y, por consiguiente, me matará a mí por no impedirte. —Benjamín contempló a su hermana melliza, que le miraba con el ceño fruncido en un gesto de enfado. Los brazos cruzados le recordaban a la actitud de su madre.

—¡Oh, vamos, Susan, solo estaba practicando! —respondió Benjamín con una media sonrisa. La muchacha le miró, aunque su gesto no cambió ni un ápice.

—Sabes lo importante que es esa espada para padre, así que no hay excusas. —Susan se acercó a su mellizo y le arrebató el arma con fuerza—. Y ahora volvamos a casa antes de que note que no está. —La niña salió corriendo y, al cabo de un tiempo de meditación, Benjamín la siguió.